

# Visiones

de Amaicha del Valle



Ediciones  
El Cardón

# Visiones de Amaicha del Valle

CONSEJO DE LA PROVINCIA DE BUENOS AIRES  
SECRETARÍA DE CULTURA Y TURISMO

SECRETARÍA DE TURISMO  
SECRETARÍA DE CULTURA Y TURISMO

SECRETARÍA DE CULTURA Y TURISMO  
SECRETARÍA DE CULTURA Y TURISMO

Dibujo de Gerardo Ramos Guzman

Agradecemos a Fela Caplonch de Filippone, Roberto Espinosa,  
Gerardo Ramos Guzman, Javier Kirschbaum.

escribiendo  
en el libro...

Colección: "Conozca Tucumán"

Diseño de tapa:

Dario Souza - Luis Martinez

Rivadavia 692 | Altos

Tel: (0381) 4314779



Ediciones El Cardón

# Visiones de Amaicha del Valle

---

**GUSTAVO A. BRAVO FIGUEROA**

## PRÓLOGO

Su memoria lleva el alma poblada de ecos de salamanca. En cada apacheta del valle ha ido sembrando su corazón a lo largo de las décadas. Por eso, los duendes indios se le suben a la sangre y lo emponchan con el aroma de la siesta amaicheña. El vino patero se amanece en las acequias de sus manos. Allá en Los Zazos donde el tiempo se detiene en sus ojos, Gustavo Bravo Figueroa ha enterrado sus silencios y en las piedras han germinado sus poemas, sus relatos, sus ensayos. Bajo el sol cobrizo de sus recuerdos van sus pensamientos desentrañando ese pretérito con acento indígena. Esas voces antiguas que se liberan en el viento y aguardan con ansiedad las escasas lluvias del verano que las arranquen del olvido.

Los textos de Gustavo viajan lentos por el aire como las nubes del valle. *"Por esta senda de Amaicha voy caminando silencios, y tras de mí voy dejando huellas de viejos recuerdos. Por esta senda me alejo para acercarme a un olvido, pero el corazón se vuelve en busca del bien perdido. ¿De dónde vendrá esta senda y qué rumbo tomará?, como el destino del hombre, con principio y sin final. Por las sendas de la vida, caminamos sin llegar"*, filosofa Bravo Figueroa.

Con principio y sin final, Gustavo va desmadejando en estas páginas la geografía y alma de un pueblo que cobija sus sueños y su canto en el vientre de la Pachamama.

Hecho de barro y tiempo, el Llastay, ese dios protector de guanacos y vicuñas, propietario de las aves, legará a los pájaros estos poemas para que los silben en el valle en las siestas del verano.

Roberto Espinosa

A Nilda Ada Conferno...

# Visión de Amalcha del Valle

Compañía Editorial

GUSTAVO A. BARRERA

## VISION DE AMAICHA DEL VALLE

En Amaicha del Valle  
al tiempo detenido  
para tomar descanso,  
y se sintió feliz por tanta paz.  
Para seguir su goce,  
atracó puertas y cerró ventanas  
para que no penetren los ruidos terrenales.  
Dejó tan solo abierto  
el cielo inmensurable,  
arquitecto de estrellas,  
de lunas y de soles.

Así transcurre el tiempo  
por las tierras de Amaicha,  
lentamente, en silencio.

## SILENCIO Y TRANSPARENCIA

En Amaicha del Valle todo es silencio y transparencia.  
Los seres y las cosas desnudan su evidencia.  
El campesino es tierra  
que trabaja en silencio su tierra,  
sin plazos y sin fechas ni premuras;  
en soledad transita por senderos que ignoran  
si vienen o se van.  
Y el árbol es más árbol con su escaso follaje,  
el cardón más cardón con sus brazos al cielo,  
y el aire perfumado de aliento vegetal  
es solamente aire;  
y las piedras dormidas boca abajo son más piedras.  
Pero jamás Amaicha  
desnuda "su alma comunera".  
En esta tierra el tiempo se detuvo,  
todo es pasado envuelto en silencio.

Solamente, allá lejos, a la noche cerrada,  
en la gruta ruidosa de la Salamanca,  
los demonios celebran sus diabluras;  
beben, bailan y cantan hasta el amanecer,  
cuando el sol los devuelve de nuevo a los infiernos.

Amaicha es una flor perfumada de ayeres.  
Al caminar por solitarias sendas, los pasos van borrando  
huellas de tiempos que deben olvidarse,  
o despertando aquellos que hay que recordar.

## SILENCIO Y TRANSPARENCIA

En Amaicha del Valle todo es silencio y transparencia.

Los seres y las cosas desnudan su evidencia.

El campesino es tierra

que trabaja en silencio su tierra,

sin plazos y sin fechas ni premuras;

en soledad transita por senderos que ignoran

si vienen o se van.

Y el árbol es más árbol con su escaso follaje,

el cardón más cardón con sus brazos al cielo,

y el aire perfumado de aliento vegetal

es solamente aire;

y las piedras dormidas boca abajo son más piedras.

Pero jamás Amaicha

desnuda "su alma comunera".

En esta tierra el tiempo se detuvo,

todo es pasado envuelto en silencio.

Solamente, allá lejos, a la noche cerrada,

en la gruta ruidosa de la Salamanca,

los demonios celebran sus diabluras;

beben, bailan y cantan hasta el amanecer,

cuando el sol los devuelve de nuevo a los infiernos.

Amaicha es una flor perfumada de ayer.

Al caminar por solitarias sendas, los pasos van borrando

huellas de tiempos que deben olvidarse,

o despertando aquellos que hay que recordar.

## EVOCACIÓN

Con nostalgia regreso a mis recuerdos,  
añoranzas de ayeres sosegados.  
Oigo al viento posado entre las frondas  
cantar bagualas en cajas y guitarras.  
En su delgada y lisa piel morena;  
el sol se deja estar, enamorado.  
Me llegan las fragancias de su aliento  
en el aire calmoso de su cielo,  
y un sabor de duraznos y algarrobos  
endulza el paladar de mi memoria,  
al caminar por sendas ya borradas  
por la arena del tiempo y la distancia.  
A la oración, fronteras de silencios  
esfuman los perfiles de sus lomas.  
En voz baja, la noche misteriosa  
me narra cuentos, mitos y leyendas,  
y al amanecer el sol ahuyenta  
los seres y las cosas fantasmales.  
Así te recuerdo Amaicha, patria mía,  
como se evoca el perfume de los besos  
de la primera novia, ya distante.

## AMAICHA, SI PUDIERA

Amaicha, si pudiera nuevamente  
en el limpio silencio de tu valle  
compartir el sosiego de tu tiempo.

Si pudiera quedar adormecido  
cara al sol en la arena de tu río,  
o flotar en sus aguas mis recuerdos.

Si pudiera otra vez mecer mi cuerpo  
en la liviana sombra de tus árboles  
escuchando las flautas de los vientos.

En tus atardeceres contemplar  
la caída del sol en la montaña  
mientras el cielo inventa sus colores.

Si pudiera alumbrar tus calmas noches  
con el candil de mágicas leyendas  
que truecan en visible lo invisible  
y en cierta realidad lo que no ha sido.

Si pudiera volver, en cuerpo y alma,  
a habitarte y gozarte nuevamente,  
Amaicha, cielo y aire, tierra mía...

Soledad y silencio  
silencio y soledad.

La brisa descansa en el folleaje

Todo es quietud en torno.

Solamente un insecto

-resorte natural-

salta en la prieta hierba.

Miro arriba, y el sol,

infalible reloj, señala el mediodía.

Retorno por senderos

olvidados de Amaicha

en soledad y silencio.

Todo es tiempo que fue,

perfumado de ausencias.

Tan sólo yo me empeño

en andar caminos

en busca de un tiempo sin memoria

## POEMA DE LOS CAMINOS

OSCAR

Camino de la llanura,  
camino de la montaña,  
nunca el tiempo los apura,  
nunca saben del mañana.

Camino de la llanura,  
siempre en busca de horizontes;  
afán de distancia pura:  
este, oeste, sur o norte.

Camino de la montaña  
con bajadas y subidas,  
como si nos enseñara  
la imagen de nuestras vidas.

Largos y estrechos caminos,  
así es como yo los quiero;  
estrechos cual mi destino  
y largos como mis sueños.

Por esta senda de Amaicha voy caminando silencios,  
y tras de mí voy dejando huellas de viejos recuerdos.

Por esta senda me alejo para acercarme a un olvido,  
pero el corazón se vuelve en busca de un bien perdido.

¿De dónde vendrá esta senda y qué rumbo tomará?  
Como el destino del hombre, con principio y sin final.

Por las sendas de la vida caminamos sin llegar.

Soy feliz cuando vuelvo  
a mi valle de Amaicha.

Diviso a la distancia,  
suspendido en los aires,  
un blanco caserío.

Más abajo un arroyo  
se esconde entre las piedras,  
y a orillas del camino  
la sombra de un cardón  
envaina sus espigas.

Ya voy llegando a Amaicha.

Los seres y las cosas  
tan cerca están de mí  
que siento sus olores.

¡Tan alto el sol  
y tan cercano el cielo!

Y mi ser se disuelve  
en el aire, en la luz  
inocente del valle.

Todo igual. Sin embargo  
sólo viene a mi encuentro  
un pasado sin rostro,  
silencioso, nostálgico.

## POEMA

Desde este desamparo te recuerdo.  
Me llegas como lluvia en el otoño,  
en las aguas del río donde mojas  
tu silencio de piedras y distancias;

por el aire de tus amaneceres,  
en la tibieza de tu piel de arena,  
por los bordes curvados de tu cuerpo  
entre luces y sombras repartido,  
la cabellera al viento de tus sauces.

Tras los atardeceres de tu cielo  
la luz inventa mágicas figuras;  
cuando toma sus formas el silencio  
en la alta noche, ciñe a tu garganta  
su collar de diamantes la Vía Láctea.

Así te quiero y te recuerdo, Amaicha,  
hamacando tus sueños, nostálgica,  
con la mirada vuelta a esos ayeres  
con fragancia a mitos y leyendas.

Así te recuerdo, Amaicha,  
patria de mis sueños, cielo mío.

Soy feliz cuando vuelvo  
a mi valle de Amaicha.  
Diviso a la distancia,  
suspendido en los aires,  
un blanco caserío.

Más abajo un arroyo  
se esconde entre las piedras,  
y a orillas del camino  
la sombra de un cardón  
envaina sus espigas.

Ya voy llegando a Amaicha.  
Los seres y las cosas  
tan cerca están de mí  
que siento sus olores.

¡Tan alto el sol  
y tan cercano el cielo!  
Y mi ser se disuelve  
en el aire, en la luz  
inocente del valle.

Todo igual. Sin embargo  
sólo viene a mi encuentro  
un pasado sin rostro,  
silencioso, nostálgico.

## COPLA

Los algarrobos del Valle  
crecen sin tener apuro  
así mi amor hacia vos  
fue lento pero seguro.

Me voy cruzando senderos  
por las entrañas de Amaicha.  
Todo parece pasado  
menos tu imagen amada.

Tu presencia ya aparece  
en el murmullo del agua  
y tu cabellera al viento  
así la sueño a mi amada.

A lo lejos, en tu silencio,  
miro a los cielos y encuentro  
tu mirada y tu sonrisa  
que sólo yo las comprendo  
ya te siento en la raíz de mis entrañas.

Si el amor tiene un tiempo  
su ritmo lo señala  
el vaivén de tus sueños  
cuando mis manos llegan  
por los alrededores de tus senos.

Solamente me basta  
un poco de aire limpio  
para inventar tu imagen,  
el rumor de una brisa  
para escuchar tu voz  
y un paisaje otoñal  
para evocar tus ojos.

Solamente me falta  
una palabra exacta  
para explicar tu gracia.

Tendré que esperar  
otra vida para estar unidos.

## MUJER VALLISTA

Te veo en las madrugadas  
por entre las lomas  
llevando a pastar tu majada.  
Y regresas rodeada de tus perros  
cortando senderos.

Sola, sola con tu sombra  
y tus ojos teñidos de negro  
de tanto mirar la noche  
de un feliz pasado de tu raza.

Mujer vallista,  
amasada con semita y arena  
tallada por los vientos;  
dureza por fuera  
como tu hermana mineral, la piedra  
tierna y jugosa por dentro  
como tu hermano vegetal, el cardo.

Mujer vallista,  
te veo al medio día  
caminar a la villa, lentamente,  
enredada en tu sombra compañera,  
esbelta, llevando el orgullo de tu raza  
como una bandera desafiando al viento.

Te veo, mujer del Valle  
sentada en tu cocina  
amamantando al hijo,  
mirando lejanías.

Tu mirada está lejana  
mientras yo, desde cerca,  
admiro tu templanza.

Cuida lo que has heredado  
de tus antepasados, tu honor,  
tu silencio, y este vida sencilla.  
Hasta tu soledad, que no lo es tal  
si estás contigo misma.

## LA PIEDRA Y EL AGUA EN UN ARROYO

En Amaicha del Valle  
he visto una gran piedra  
en medio de un arroyo.  
La oscura mole encierra  
la noche de los tiempos,  
y a flor de agua se espeja  
la claridad del día.  
La piedra junto al agua,  
junto al agua la piedra.  
Ambas se me figuran  
principio y fin del Tiempo  
que nos mata y se va.  
La piedra representa  
la duración eterna,  
y el agua del arroyo,  
ráfaga del momento.  
Esta desnuda piedra  
es el cuerpo del tiempo,  
y el agua, su alma  
de versátil aspecto.  
La inmóvil piedra,  
flor de lo perdurable,  
el agua del arroyo,  
el perfume del instante fugaz.

## ROMANCE DEL RÍO DE AMAICHA

Es la siesta. Duerme Amaicha  
en un silencio de piedra;  
todo es quietud, sólo el río  
mueve su cuerpo en la arena.

El agua borda a la orilla  
el ruedo de su cintura,  
las piedras en sus gargantas  
lucen collares de espuma.

Agua que fluye a la par  
de un tiempo sin calendario,  
pulso del valle de Amaicha,  
silencioso y demorado.

Quien viera su nacimiento  
- toro de espuma y bramido-  
y quien lo ve por el llano

- buey de caminar cansino-

El río de Amaicha del Valle  
se va quedando sin agua,  
mitad le quita la arena,  
la otra mitad la distancia.

Agua madre de la tierra  
no sigas más adelante,  
tras de la noche te espera  
la sed de los salitrales.

## TONADA PARA EL RÍO DE AMAICHA

(Adaptación del poema *Romance del Río de Amaicha*)

*Música:* Luis Gentilini (1990)

*Sadaic:* 1148730

Es la siesta duerme Amaicha  
en un silencio de piedra;  
todo es quietud, sólo el río  
mueve su cuerpo en la arena.  
Es la siesta duerme Amaicha  
en un silencio de piedra.

El agua borda a la orilla  
el ruedo de su cintura,  
las piedras en sus gargantas  
lucen collares de espuma.  
El agua borda a la orilla  
el ruedo de su cintura.

El río de Amaicha del Valle  
se va quedando sin agua,  
mitad le quita la arena,  
la otra mitad la distancia.  
El río de Amaicha del Valle  
se va quedando sin agua.

Agua madre de la tierra  
de un tiempo sin calendario  
pulso del valle de Amaicha,  
silencioso y demorado.  
Agua madre de la tierra  
de un tiempo sin calendario.

Quien viera su nacimiento  
-toro de espuma y bramido-  
y quien lo ve por el llano  
-buey de caminar cansino-  
Toro de espuma y bramido  
buey de caminar cansino.

♩ INTRODUCCION

2 3 4 5 TONADA

6 7 8 9 10

11 12 13 14 15

16 17 18 19 20

21 22 23 24 25 VIDALA

26 27 28 29

Chord symbols: A7, D7+, B7, E7, A7+, A7, F#m7, F7-, Gb 7, A7, Em, A7, D7+, Bm, G7-, B7, Em, E7, A7, D7, B7, E7, A, A7, D7+, Dm, A7+, A7, D7+, B7, E7, A, A7, A7, D7+, B7, Dm6, Bb7, A.

## LA MOLEDORA

Las auroras del valle se despiertan  
por el grave golpear de los morteros;  
la moledora, con mazazos firmes,  
la vida de los granos va quebrando,  
y en cada golpe vertical que asesta  
al aire suelta un quejido lastimero.

Pisa que pisa la moledora,  
y en cada golpe hiere al silencio.  
Mata los granos en el mortero  
y en el mortero muele sus sueños.

## EL NIÑO DIOS DE LOS VALLES

Mi Niño Dios de los Valles  
de piel tostada,  
tristeza de vicuña  
en tu mirada.

Esta noche es Nochebuena  
y mañana Navidad;  
duerme y sueña niño mío  
que los Reyes llegarán.

Mi niño con el cantar  
poco a poco se adormece.

Que la noche no se acabe  
para que siga soñando  
mi niño con los regalos.

Mañana cuando despierte  
y pregunte por los magos,  
le diré que sus camellos  
en los cerros se extraviaron.

## ELOGIOS AL SILENCIO DE AMAICHA 13

No es por tu buena gente,  
de palabras escasas y sencillas,  
ni por tu clima seco, por todos alabado,  
ni por tu tierra yerma y a su vez generosa.

Ni es por tu paisaje  
de cumbres elevadas  
y hondos precipicios.

Lo que más elogio de Amaicha,  
es su silencio  
distinto a los otros silencios.

El Movimiento,  
de tanto andar por el mundo  
se detuvo en Amaicha a descansar  
donde quedó por siempre.

Allá todo es silencio.  
A la alborada el sol  
asoma por la cumbre con renovado afán.

Al medio día las sombras  
dibujan en el suelo ingeniosas figuras,  
a la tarde, detrás del horizonte,  
se prolonga el silencio,  
y a la noche, las sombras ponen hito a su cielo.

Al amanecer del día siguientes,  
cuando la madrugada se enfría  
por el sereno de la noche,  
los campesinos vuelven  
de nuevo a sus tareas.

Como siempre, el silencio  
pone distancia entre los hombres.  
En Amaicha del Valle  
las puertas y ventanas de las casas  
permanecen cerradas para ocultar los ruidos.

Ni los ríos llevan agua por no quebrar silencios,  
ni los pájaros trinan.  
Ni los vientos agitan  
su espesa cabellera.  
Todo, todo es silencio,  
un silencio que abrumba  
y a la vez mortifica.

El tiempo es un silencio  
que subyace debajo del olvido.

De pronto irrumpe el carnaval  
que se adueña del tiempo de seres y de cosas.

Comienza el viernes,  
sin disfraces ni máscaras  
con cantos de bagualas,

con bailes y bebidas.

El sábado topadas,  
encuentros de comadres y compadres.

Continúan los bailes, los cantos y bebidas.

“Domingo, lunes y martes,  
miércoles lo han de enterrar...”

Al día siguiente, Amaicha.

## LOS CARNAVALES DE AMAICHA DEL VALLE

En el valle de Amaicha  
todo es quietud, sosiego,  
descanso en tierra y cielo;  
los días unos a otros son iguales,  
iguales que sus noches.

A la tarde cerrada,  
los labriegos regresan  
de su labor diaria.

Las puertas y ventanas de sus casas  
están siempre cerradas  
para guardar silencios.

La soledad defiende  
sus frágiles fronteras  
de apacibles silencios...

De pronto Amaicha  
deja de ser tranquila;  
el ruido se hace dueño de seres y de cosas.

El carnaval irrumpe  
con sus bombos legüeros,  
con gritos destemplados;  
en pascanas, en carpas, en cantinas y patios,  
se oyen entremezclados  
zambas y chacareras,  
tangos y alegres gatos;  
y el aire se perfuma con olores a pomos,  
blanqueados por harinas y talcos

envueltos por serpentinas  
de múltiples colores.

Sin que nadie lo advierta  
aparecen mujeres de rostros de semita,  
con atipladas voces, al compás de sus cajas,  
van recitando trovos y coplas ancestrales:

"Quisiera cruzar el río  
sin que me sienta la arena.

Soy libre, soy dueña y puedo querer"...

Y un poco más allá otra voz dice:

"Me voy p'al Mollar  
pa qué me has traído  
pa verme llorar"...

Otra voz se lamenta:

"Unos lloran penas,  
y otros el amor.

Yo lloro la ausencia  
que es dolor mayor..."

Y allá lejos quiere hacerse oír otra copla:

"Unos se van p'al Atajo  
y yo p'al Culanpajao".

En un ambiente espeso  
de gritos y lamentos  
unos comen y beben en demasía...

Oficialmente son cuatro los días de carnaval:

-Domingo, lunes y martes,

miércoles lo han de enterrar"-  
Los celebra el vallisto  
desde tiempo atrás  
de distintas maneras  
con otras ceremonias  
más remotas y auténticas  
que la naturaleza misma las impone:  
madurar las semillas y los frutos  
y multiplicar los seres  
por obra y gracia de la Pachamama:  
"Pachamama cusiya, cusiya- madre tierra  
ayúdame, ayúdame."

En los poblados del valle  
acomodan todas las ceremonias en estos cuatro días:  
encuentro de comadres y compadres,  
topadas de jinetes que lucen sus mejores arreos.  
Mujeres de todas las edades les brindan a los hombres  
ramos de albahaca y yerba buena,  
de rosas, de claveles y de nardos.  
Finalmente el desfile principal,  
el de la Pachamama y su cortejo.  
Ella, sentada en una silla en la caja  
de una rústica aipa; le sigue su comitiva  
la "donosa", el "pujllay" y el tropel de curiosos  
que entre aplausos, bombas y cohetes  
despiden al carnaval  
hasta el año siguiente.

El carnaval agoniza a medianoche.  
Caminos y senderos aparecen poblados de botellas  
y hombres que boca abajo  
conversan con la tierra  
a quien cuentan sus pesares.  
Ya la noche se adueña de la luz y de los ecos.

Al día siguiente, cuando seres y cosas ya se enfrían  
retorna Amaicha a su antiguo silencio.  
Durante cuatro días  
el carnaval sembró ruidos,  
hoy solamente se cosechan silencios.

Un típico sabor a soledad sabrosa,  
junto al gusto de chañares y Algarrobos  
endulza el paladar de mi nostalgia...

## AMAICHA DEL VALLE I

Es la flor más lejana de nuestro jardín de la República. Amaicha. Apacible valle donde el tiempo se ha detenido para escuchar sus leyendas, para admirar sus cerros, para aspirar el cálido aliento de la tierra.

Serenas y empinadas cumbres estrechan su agreste belleza. Los siglos han madurado sus colores grises, verdes, morados. Y sus cimas, donde sólo habitan el cóndor y el guanaco, y donde nacen los vientos, son blancas azuladas, untadas de nieve. Tan cerca del cielo están que hasta reflejan su azul.

El sol dora las mieses, las vides y los corazones. El sol y el silencio. Los caminos son ríos de silencio; silencio cortado a veces por una lagartija que sobrenada en la arena; luego escondida tras una piedra, pone a secar su vestido verde; y desde allí nos acecha, temerosa de que sorprendamos su desnudez.

Sus mañanas son transparentes como pompas de jabón; tibias y fragantes cual un clavel rojo. Un aire limpio, alegrado por el trino de un pájaro, estremece el verdor de los árboles.

Lentos atardeceres de Amaicha. El sol se ha ido, dejando por olvido, en las piedras, en las casas, en los caminos, dorados y vibrantes lampos de luz. La tarde se adormece en la montaña al son de la música desgarrada en las invisibles cuerdas de los cardones.

Noches de luna en Amaicha. El alma se siente aprisionada sutilmente en el intacto recinto de sus montañas, de su cielo, de su tierra. Los árboles son husos donde se ovilla el viento y los hilos sedosos de la luna.

Amaicha está impregnado de una esencia misteriosa. Tal vez allí Dios descansó cuando iba camino a las alturas.

## AMAICHA DEL VALLE II

A 46 kilómetros al sur de San Miguel de Tucumán, a la altura de Acherál, se deja la ruta 38 para empalmar con la 333, rumbo a nuestro destino: Amaicha del Valle.

El camino pasa a espaldas de la villa de Santa Lucía, y, a poco de atravesar el puente sobre el río Los Sosa, ya comienza a trepar y a descubrir la verde intimidad de la montaña. Cedros, tipas, molles, naranjos, pacarás, arrayanes, durazneros, laureles, nogales, con sus troncos y ramas cargados de lianas y epífitas, forman un tupido bosque. Una cerrada techumbre sombrea la montaña, siempre húmeda. Hemos ascendido a los mil quinientos metros.

En cada vuelta o contravuelta del camino, una sorpresa para nuestro campo visual: caídas de agua desbordantes de espumas, se despeñan y se estrellan contra piedras gigantescas que emergen del lecho del río; boscosas laderas cuyos árboles forman un fantástico andamiaje (aguas agitadas que pugnan por salir de sus márgenes); casitas que se asoman entre el follaje; frescos manantiales que discurren entre las peñas. Y atrás va quedando el camino, delgada cinta precariamente apoyada sobre la cornisa de la montaña, que poco a poco le va quitando territorios al cielo.

A nuestro pasar van quedando atrás Las Mesadas, Tierras Coloradas, Playa Larga, La Casa de Piedra, El Indio, La Boca del Tigre, Fin del Mundo, El Duraznito, La Heladera, El Nogalar, Las Azucenas, Puntas Carreras.

Al llegar a La Angostura la vegetación ralea, el camino se aquieta, el cielo muestra su limpidez, el aire se adelgaza. Un maravilloso panorama se abre a nuestra vista: Tafí del Valle, fragante, fresco, verde en el estío y de un melancólico amarillo en el invierno.

Sobre las ondulantes lomadas, geométricas policromías resplandecen en incoherente dispersión. Son las casas residenciales que, desde la distancia se nos ocurre estar construidas en declive. Arriba, el perfil de las montañas que lo rodean, y más arriba aún, el cielo intacto, obstinadamente celeste.

Tafí del Valle es una dilatada cuenca de forma triangular situada a 1.976 metros de altura.

A pocos kilómetros antes de arribar a Tafí, una inmensa superficie de agua modifica la visión del panorama. Es el dique La Angostura. A su izquierda, entre el verde jugoso de la montaña, salpicadas de blanco, aparecen las casas de la villa de El Mollar.

Rumbo a la villa de Amaicha, el paisaje se torna grave, la vegetación ralea; muy cerca del camino la hacienda mira con indiferencia el pasar de los vehículos; majadas de ovejas ramonean entre las piedras, y allá arriba, entre peñas y quebradas, ignorando la ley de gravedad, las cabras pastando en posiciones insólitas. Cabras blancas, overas, rosadas, negras...

Cruzando El Infiernillo, a casi 4 mil metros de altura, en donde las aguas se dividen para volcarse ya sea a Tafí, ya sea a la zona de Amaicha, la temperatura desciende, el sol se empaña; una persistente llovizna y un viento frío es la constante meteórica de este tramo.

Y se comienza a descender por cuestas pronunciadas; si bien el camino de cornisa es ancho y seguro, nos sobrecoge el temor cuando vemos a nuestro costado el precipicio en cuyo fondo un hilo de agua se enreda como si fuera una caprichosa filigrana.

De pronto se abre un amplio panorama, desde donde se domina el verde valle de Amaicha. Y allá a los lejos, como un largo y cansado camino de arena, las márgenes del legendario río Santa

María.

Como si fueran centinelas en acecho o una milicia desperdigada en busca del enemigo invisible, aparece un campo de cardones; algunos empinados, otros inclinados o caídos, otros en actitud de desafío, evocan un episodio bélico. Nadie imaginaría que en estas desoladas alturas se libró un combate en 1852. Tropas del ejército de Crisóstomo Alvarez provenientes de Chile vencieron a las del entonces Gobernador de Tucumán, Celedonio Gutiérrez, comandadas por el coronel Albornoz.

Ya estamos en los umbrales de Amaicha. Una angosta franja verde contrasta con la aridez austera de los cerros. Un caserío nos sale al encuentro del camino, bordeado de durazneros, membrillales, nogales y álamos. Es Ampimpa. De allí a nuestro destino solamente un instante de impaciencia por llegar.

Primitivamente esta región la habitaban tribus de indios amaichas, encalillas, tolombones, quilmes; estos últimos parece ser que vinieron de Chile.

Jurídicamente la historia de Amaicha del valle comienza en 1716. Una real cédula fija y da posesión a la comunidad de Amaicha a un cacique de nombre Utibaitina; comprende a los pueblos de Ampimpa, Tiopunco, Calimonte, Encalilla, El Bañado, Quilmes y San Francisco.

El primer asentamiento de Amaicha se registra en el lugar llamado Encalilla, a escasos kilómetros al oeste de la actual población. Su traslado al sitio actual obedeció a la escasez de agua, dada la proximidad al río Amaicha, que en la actualidad prácticamente está seco, no lleva agua, salvo en las periódicas crecientes de verano. Unos kilómetros arriba, en Los Zazos, apresan sus aguas para verterlas en una represa. Mediante un sistema de canales se las dis-

tribuye para el riego. Los nostálgicos amaicheños recuerdan un romance a su río, cuyos versos finales dice:

El río de Amaicha del Valle  
se va quedando sin agua,  
mitad le quita la arena,  
la otra mitad, la distancia.  
Agua madre de los pobres  
No sigas más adelante,  
que tras la noche te espera  
la sed de los salitres.

Amaicha está a 1950 metros sobre el nivel del mar y a 160 kilómetros de nuestra ciudad capital. Tiene una población aproximada a los tres mil habitantes. Registra una precipitación anual de agua alrededor de los 150 milímetros. El clima es extraordinariamente seco. (En verano, cálido a la mañana y parte de la tarde, y fresco en horas de la noche.)

En Amaicha del Valle el sol dora las mieses, las vides y las almas. El sol y el silencio. Los caminos son ríos de silencio. Los días son transparentes como pompas de jabón; tibios y fragantes como un manojo de albahaca. Un aire limpio, alegrado por el trino de un pájaro invisible, estremece el verdor de los árboles. Noches de luna en Amaicha. El alma se siente aprisionada sutilmente en el intacto recinto de sus montañas, de su cielo, de su tierra.

Escasa es el área sembrada; no alcanza al 15 % de su extensión productiva. Sus hombres viven de la agricultura. Siembran tomate, pimiento, alfalfa, maíz, y en las huertas familiares toda

clase de verduras y hortalizas. La Estación Experimental Agrícola ha ensayado variedades de cultivos finos y plantas aromáticas con resultados realmente positivos.

Cuando llegaron los conquistadores al valle calchaquí, las tribus de los indios quilmes fueron los que les ofrecieron mayor resistencia. Hombres guerreros y agricultores, y de una civilización avanzada. Habitaban el faldeo de las montañas de Quilmes. Desde Amaicha distan escasos kilómetros. A los pies del cerro se advierten centenarios algarrobos, el "árbol", la planta que les brindaba toda clase de alimento, la ñapa y aloja como bebidas y el patay como alimento integral. Y su fruto, de vaina retorcida, también un dulce y nutritivo masticable.

A escasos metros desde donde comienza el faldeo, un museo arqueológica muestra piezas que testimonian el alto grado de cultura estética que habían alcanzado. Vasijas, pucos, tinajas, hachas y otros utensilios dan testimonio de su sensibilidad como alfareros.

Un primer plano nos muestra los recintos reconstruidos en donde habitaron los quilmes, todos levantados sobre piedra. Recintos de forma irregular, respondiendo a la topografía del territorio; amplios dormitorios, patios interiores más grandes aún, en donde las mujeres trabajaban en sus tareas domésticas, mientras sus hombres se dedicaban a la agricultura y a la caza; sembraban en las tierras que aparece allá abajo; y también arriba en donde cultivarían empleando el sistema de terrazas y en donde cosechaban papa, maíz, batata, porotos. Y la caza: con la variada fauna que les brindaban la montaña y los montes adyacentes.

Es admirable y sorprendente desde el punto de vista estratégico el sistema de defensa que ofrecían al invasor. Son las fortifi-

caciones levantadas con piedras llamadas pucaráes, siempre construidas en sitios estratégicos. Desde allí, bien parapetados, los indios arrojaban flechas y piedras al invasor. Cientos de pucaráes bloqueaban el paso del enemigo. Hasta en las alturas más insólitas quedan vestigios de estas fortalezas.

También son testimonio del manejo de técnicas hidráulicas los canales construidos en plena montaña y que recogían el agua de la cumbre para distribuirlas con inteligencia en las melgas de las primeras alturas. Así podemos apreciar los rústicos morteros de más de cinco bocas horadadas en grandes piedras; allí las mujeres molían granos y alimentos.

No es necesario ascender mucho por estos desfiladeros para dominar el dilatado valle que se extiende a sus pies. Desde allí los quilmes, favorecidos por la limpidez de la atmósfera divisaban hasta sus remotos confines (sería difícil que pasaran inadvertidos movimientos sospechosos del enemigo, sobre todo teniendo expertos y sagaces vigías).

Más retirados de la villa, viven los puesteros, dueños o encargados de puestos, predios más o menos extensos destinados a la cría de la hacienda menor: cabras y ovejas. La señalada de estos animales coincide con el carnaval, con la celebración de la tradicional fiesta de la Pachamama, un rito pagano que viene desde un tiempo sin memoria.

La ceremonia transcurre en líneas generales de este modo: Un sábado o domingo de chaya, los dueños de la majada invitan a familiares, amigos y vecinos a la señalada. Desde la salida del sol, las cabras están guardadas en el chiquero, en cuya entrada se ha cavado un hoyo; allí se enterrará la ofrenda a la Pachamama: hojas de coca mojadas con chicha o vino y las muescas de las orejas reco-

gidas en la señalada.

A la mañana alta, los dueños de la fiesta, con la ayuda de los presentes, proceden a trincar las orejas de las cabras nacidas en el año, guardando las porciones seccionadas en unas bolsitas, a la vez que colocan en las orejas de cada una de ellas un vistoso zarcillo. Mientras unos realizan estas faenas, otros convidan bebidas o comidas especiales. Una vez señalada toda la hacienda menor guardada en el chiquero, el ritual continúa con la ceremonia del "casamiento", para lo cual eligen un chivo y una cabra. El vecino que oficia de "sacerdote", los aparea, "bendice" esta unión, y con abono tomado del chiquero, les dibuja sendas cruces en el testuz. Luego, entre risas y bromas, hace abrazar a la pareja, ornan sus cuellos con guirnaldas, abren sus bocas y les introducen hojas de coca y bebidas.

El ritual culmina con el enterramiento de las muescas cortadas. La dueña de la majada aproxima la bolsita o "chuspa" en donde había recogido los fragmentos de las orejas de las cabras al hocico del último animal señalado a fin de recoger su aliento; eleva plegarias a la Madre Tierra, y, pronunciando en voz baja viejas, misteriosas e ininteligibles palabras, vuelca el contenido de la bolsita en el hoyo abierto, donde ya se había vertido hojas de coca, chicha y vino. Con esto, la ceremonia de la "señalada" ha llegado a su fin. Los dueños de la majada abren la puerta del chiquero, orientando el rumbo de la tropa hacia donde sale el sol. Y en confuso tropel, entre balidos y atropelladas, gritos y cohetes, los animales salen en busca de su escenario natural, en donde cumplirán el mandato de la Pachamama: crecer y multiplicar.

Amaicha del Valle es uno de los lugares tucumanos que mantiene vivas añejas, tradicionales y auténticas artesanías. Por

ejemplo, aún quedan en Los Colorados las "olleras", artesanas que con técnicas heredadas de sus antepasados y aprovechando la tierra arcillosa y dúctil de las laderas de la montaña que tiene un color rojizo, de ahí su nombre, elaboran piezas de uso doméstico como ollas, pavas, braseros, platos.

Los Colorados es un pintoresco lugar situado al suroeste de los Nevados del Aconquija y a escasos kilómetros de Amaicha. Para elaborar su rústica artesanía, emplean escasos elementos: una espátula, una cuchara de madera, un marlo de maíz y el material, la arcilla extraída de las laderas de la montaña de ese lugar.

El procedimiento es el siguiente: una vez seca la arcilla se la machaca en un mortero; se le extrae las impurezas, después se la amasa con agua. Ya preparada la materia se procede a la elaboración de la pieza. Para ello se corta un pedazo de masa, se la aplasta, dándole una forma ligeramente cóncava, la que servirá de base a la pieza modelada, dejándola a la intemperie para que se seque. Después se van cortando porciones de barro, se las alarga y adelgaza y se las va agregando, pegándolas a la base y siguiendo la forma redonda de la pieza hasta rematar en la boca. Luego se baña la superficie con agua, y, con el marlo, suavemente se la alisa por dentro y por fuera. Finalmente con la espátula o una cuchara se le da el pulido fino, agregándole los detalles: asas, tapas, etc.

Para cocerlas se cavan hoyos; se prende fuego con ramas de plantas de la zona (jarilla, montenegro, chañar) y se echa trozos de abono animal para que mantenga una temperatura constante. Cuando el horno ha alcanzado el calor deseado, se entierran las piezas y se las cubre o no de tierra. El calor se encargará de lo demás. Se las extrae cuando toman una coloración roja, vetada o negro humo, según el procedimiento de cocción usado.

En Amaicha generalmente se cosecha la uva en abril. Los barrocos parrales van entregando sus racimos para elaborar el tradicional vino patero. En canastos (confeccionados en la zona) se cosecha la uva que se lleva al lagar. Cuatro estacas puestas en forma rectangular a cierta altura, un metro aproximadamente, sostienen un cuero de vacuno preparado para eso. En su centro se observa una abertura llamada "piquera" que permanece taponada. En ese lagar se vuelcan los racimos; sube el "pisador" y con los pies limpios y desnudos pisotea los racimos. Cada tanto se destapa la "piquera". El jugo es recibido abajo en un recipiente. Se tapa nuevamente la "piquera", se vuelven a desparramar sobre el depósito de cuero los racimos, se los pisa y cuando ha soltado el jugo se abre nuevamente la "piquera", se recoge el jugo, y así sucesivamente.

Este líquido más el mosto (la semilla y el hollejo) se llevan a las cubas, se deja fermentar (de 2 a 9 días), se trasiega de nuevo y se lo deja estacionar. El mosto(orujo) le da la coloración al vino y se lo utiliza después para fabricar aguardiente o grapa.

Este vino "patero" es químicamente puro, es decir, no lleva ningún ingrediente químico. De ahí la prontitud en picarse cuando se lo saca de las cubas.

Motivo de vivo interés para los visitantes es el viejo molino de Don Justo Faustino Segura, cuyas piedras o muelas son movidas por una caída de agua. También los vecinos de Amaicha llevan sus cargas de maíz y de trigo para ser molidos y transformadas en sabrosa harina.

Al atardecer otra vez Amaicha del Valle se cubre de silen-

cio, de paz, de soledad. El tiempo se ha detenido allí para escuchar sus leyendas, para admirar sus cerros, para aspirar el cálido aliento de la tierra.

Amaicha del Valle guarda un encanto inefable; está impregnada de una esencia misteriosa. Por eso dicen que allí, Dios descansó cuando iba camino a las Alturas.

## "EL ALGARROBO SELLADO" *Mojón de una historia*

En 1753 se presentó ante el escribano de Hacienda, Cabildo y Guerra de Buenos Aires un indio viejo de la comunidad de Amaicha del Valle, con orden del Gobernador y Capitán General, don Antonio Andermequi, para solicitar un testimonio de los títulos de las tierras de sus indios. Dicho testimonio, en su primera página expresa: *"Nos los gobernadores don Francisco de Nievar y don Gerónimo Luis de Cabrera, y los Jefes y Oficiales del Ejército de su Majestad Real don Pedro Luis Doria y don Francisco de Lamercado de Villacorta, reunidos en este paraje de Encalilla, para dar la posesión real al Cacique de los pueblos del Bañado, Quilmes, San Francisco, Tiopunco, Encalilla y Amaicha, don Francisco Chapurfe, quien nos manifestó la Cédula Real que antes dimos el año de mil setecientos diez seis en el mes de apriles, en la que se manifiesta que al ser bautizado su padre, el cacique de la ciudad de Quilmes y de todos estos pueblos, don Diego Utibaitina se labró y selló con nuestro nombre un algarrobo grande y estando reunida toda la gentilidad de Bacamaca y Lagunas, se le hizo abrazar dicho algarrobo, coger agua en una timbe de asta, actos en señal de posición de dichos Pueblos entrepasándose, "ESTATUTA TUIS TERRAS" quedó en nombre del Rey, nuestro Señor, amparados y amparáos entre dos dipes; y que en ningún tiempo ha de quitar persona alguna." Ome os han dado los españoles" estas tierras y antes si fueran amparadas dichas tierras que son desde el algarrobo sellado línea recta al Naciente hasta dar con una loma pica en el punto del Mazao..."*

Historiadores e investigadores han puesto diversas interpretaciones a los motivos que tuvieron los españoles para restituir estas tierras a sus primitivos habitantes. Las hay de carácter religioso: el haber aceptado el bautismo el cacique Utibaitina; de ese

modo la comunidad indígena se convertía al catolicismo; razones jurídicas: devolución de la tierra a sus legítimos dueños, a quienes cincuenta años antes les habían sido despojadas. Estratégicas: tener a los indios de aliados y no de enemigos; o económicas: las tierras cultivadas por los indígenas abastecerían a los españoles. Pero dejamos estas consideraciones para los especialistas en el tema.

### **El "algarrobo sellado"**

Los colonizadores tomaban como puntos de referencia para trazar límites de jurisdicción u otorgar mercedes de tierras los accidentes geográficos: montañas, ríos, quebradas, lagunas, etc. Cuando carecían de esos tipos de mojones, recurrían a los árboles señeros del lugar. Esto habría ocurrido respecto al hito que hace mención la Cédula Real de 1716: "...se labró y selló con nuestro nombre un algarrobo grande..."

En el trabajo presentado por un infatigable historiador de la zona, don Juan Marcos Rodríguez Espada, a las IV Jornadas Culturales del Valle Calchaquí ("Historia de la comunidad de Amaicha"), al aludir a dicho algarrobo manifiesta que anduvo en su paciente búsqueda durante años, hasta que en 1975, acompañado de viejos lugareños, dieron con el tronco del árbol en el lugar El Paso, justo en el límite entre Tucumán y Catamarca. "Queda de él sólo un tronco en el que todavía se notan vestigios de letras".

¿Cuándo, cómo y quienes fueron los que seccionaron las cortezas escritas de ese algarrobo?. Lo cierto es que los profesores del Colegio Nacional de Tucumán, Liberani y Hernández, cuando en 1877 fueron a explorar el yacimiento arqueológico de Loma Rica, lugar próximo a Santa María (Catamarca), trajeron, además de

urnas funerarias, tinajas y ollas, las dos secciones selladas del mentado algarrobo. Hace años fueron sustraídas de las vitrinas del Colegio. Hoy, por ventura las han recuperado y están expuestas en el Museo Histórico de la Provincia, posiblemente el lugar más adecuado, por ser estas cortezas selladas auténticos y singulares documentos oficiales de la época colonial.

## PACHAMAMA

Todavía el Noroeste Argentino conserva elementos vivos, aunque no puros o intactos, de expresiones folklóricas. Artesanías, ferias, celebraciones religiosas, juegos, comidas, canciones, dan muestra de ello. En el conjunto de estas tradiciones locales, la que conserva mayor contenido autóctono es la celebración de la Pachamama, ritual que tipifica una superstición en donde lo mítico y lo religioso se confunden.

La Pachamama no es más que una versión de tantos mitos universales. El sol, el agua, la luna, la tierra, son, para los pueblos de cultura mágica, los principios creadores de la vida y ordenadores de las cosas. Los hombres de mentalidad primitiva se sentían emotivamente ligados con los centros de las fuerzas naturales en una especie de relación maravillosa. Los fenómenos de causalidad eran atribuidos a la voluntad misteriosa de tales principios. Por lo tanto sería ingenuo creer que la Pachamama pertenezca exclusivamente a la religión calchaquí. Proviene desde muy lejos. E. Harry Gérol (1) y Juan B. Ambrosetti (2) la mencionan como deidad del imperio incaico. Ella es la esposa de Pacha-Kamac, uno de sus tres dioses principales. Cuenta la leyenda que de la unión de ambos nacieron dos mellizos, quienes ascendieron al cielo por una cuerda de pita. Su padre los colocó en sendos tronos y los transformó en dos astros refulgentes: el Sol (Inti) y la Luna (Killa).

La tierra, para la mentalidad supersticiosa de los pueblos agricultores era la madre fecunda, la que hacía germinar las semillas y madurar los frutos: de ahí su veneración. Nuestros indios, al ofrecerle las primicias de sus cosechas, la invocaban: "Pachamama, cusiya, cusiya", "Madre tierra, ayúdame, ayúdame". Con el tiempo

el atributo de fertilidad de la tierra se extendió a todas las manifestaciones de la vida. La Pachamama llegó a ser, pues, la fuente creadora, el numen de la fecundidad, la fuerza femenina reproductora. En el Valle Calchaquí aún subsiste la veneración a esta deidad por parte de los nativos aunque la Fiesta de la Pachamama, que se lleva a cabo en Amaicha del Valle desde hace algunos años, va perdiendo su carácter íntimo, esotérico.

La más típica de las ceremonias con que los "vallistos" adoran a su divinidad es la "señalada" en donde el mito de la reproducción o "multiplico" está simbolizado por la cantidad de muescas cortadas a las orejas de las cabras y por las hojas de coca ofrendadas a la Pachamama. Importa destacar que todos los pasos de este ritual tienden a exaltar el hecho de la fecundación.

La ceremonia de la "señalada" comienza con la salida del sol. El chiquero, escenario de la fiesta, está adornado con borlas de vivos colores. A su entrada se ha cavado un hoyo pequeño donde se depositará la ofrenda a la diosa. Entre balidos, gritos, atropellos y polvareda, entran las cabras al rústico círculo de ramas. La dueña de la majada, con ayuda de los invitados, procede a trincar las orejas de las cabras nacidas en el año, guardando las porciones seccionadas en una bolsita tejida ("chuspa"), a la vez que coloca en la oreja de cada una de ellas un vistoso zarcillo. Mientras unos realizan esta faena otros asperjan el suelo con bebidas o esparcen hojas de coca.

El ritual continúa con el "casamiento", para lo cual eligen un chivo y una cabra: el vecino que oficia de sacerdote los aparea. "bendice" esta unión y con tierra tomada del corral les dibuja una cruz en el testuz: luego, entre risas y bromas intencionadas, los hacen abrazar, ornan con guirnaldas de flores sus cuellos y astas,

les abren las bocas y les ingieren hojas de coca y bebidas.

Ahora, la parodia de la hierra y algo más... En este caso el "chivo emisario" es el dueño de la majada, quien es enlazado, maneado y, una vez volteado, le colocan sobre la cadera un pellón húmedo. La marca de hierro candente aplicada sobre dicho pellón levanta una nube de vapor que deja el ambiente impregnado de un olor penetrante a lana quemada: a la vez que las mujeres le obligan a beber, los hombres lo mojan con vino que simula sangre.

Culmina el ritual con el enterramiento de las muescas cortadas. La dueña de la majada aproxima la bolsita al hocico del último animal señalado a fin de recoger su aliento, eleva plegarias a la Pachamama y, pronunciando en voz baja viejas y misteriosas palabras, vuelca despaciosamente el contenido de la "chuspa" en el hoyo abierto donde se ha vertido vino y depositado hojas de coca. Con esto la ceremonia de la "señalada" ha llegado a su término. Los dueños abren la puerta del chiquero, orientando el rumbo de la majada hacia donde sale el sol, y en confuso tropel, entre balidos, atropelladas, gritos y cohetes, los animales salen en busca de su escenario natural, en donde cumplirán el mandato de la Pachamama: crecer y multiplicar.

(1) Gérol, Harry E.. "Dioses, templos y ruinas". Hachette. 1961

(2) Ambrosetti, Juan B.. "Supersticiones y leyendas".

## EL VINO ARTESANAL DEL VALLE CALCHAQUÍ

A principio del siglo XX Don Justo Faustino Segura, poco antes de casarse (con Isabel Bellido) fue construyendo su vivienda en Amaicha del Valle alejada del escaso caserío de ese entonces, en dirección a Los Zazos, rumbo hacia el Norte. Todo era quietud y silencio. Un silencio sin pausa.

La casa tiene ahora una extensión de cien metros de frente; las habitaciones se suceden una al lado de otra, y detrás, una ancha y larga galería es perfumada por un jardín al que le sigue un parral, que en el verano, con destellos de sol, sombras y frescuras va madurando sus frutos. Este parral se extiende más y más hasta que lo corta el río Amaicha. Cuando se cruza el río pasando a la otra orilla trepando una cuesta, se topa con lo que es propiamente el viñedo y en cuyos bordes plantas de duraznos muestran sus deliciosos frutos.

La vendimia en el Valle Calchaquí se realiza durante los meses de marzo, abril y mayo.

### Mis experiencias como viñatero

Racimo a racimo se los corta y deposita en rústicos canastos de poleo. A escasos metros de la galería de la casa, cerca del parral, a la sombra de un añoso nogal se ha construido un rudimentario lagar. Es un cuero de toro bien curtido, bien sobado. Cada una de sus patas se las sujeta a delgados postes de nogal. El centro del mismo está convenientemente obstruido con un ajustado tapón de madera. En ese recipiente se vuelcan los racimos de 15 a 20 canastos. Es cuando propiamente se inicia la elaboración del vino.

Suben al lugar dos o tres "pisadores" con sus pies recién lavados en la acequia, y a pie pelado, estrujan los racimos. A su tiempo se destapa el lagar evitando que salgan los racimos con el jugo y el orujo; y se va alimentando con nuevos racimos el lagar (nosotros seguiremos con el proceso).

Después el jugo se va a las cubas, barriles donde fermenta durante cuatro días con el orujo. Posteriormente se trasiega a bordalezas durante setenta días. Es allí donde el vino se "doma", se aquieta, ayudado por el clima frío del invierno. El color tinto se obtiene dejando fermentar el jugo con el orujo. Para obtener un litro de vino se necesitan, aproximadamente, dos kilos de uva.

Este relato responde a la forma rudimentaria, artesanal del famoso vino "patero". Hoy el vino vallisto está industrializado con las técnicas más avanzadas de la industria vitivinícola mundial.

### **Historia del vino del Valle Calchaquí**

Según cuentan los historiadores del Valle, el primero en hablar del vino en América fue el inca Garcilaso en su "Comentarios reales". En el Cuzco lo introdujo el capitán Bartolomé de Reales a mediados del siglo XVII. Posteriormente llegó a Chile y cruzando los Andes llegó al Tucumán traído por el padre Juan Cedrón. Cabe recordar que nuestros aborígenes lo desconocían. Ellos bebían chicha y aloja.

Quienes más se ocuparon en sus escritos fueron entre otros Emilio Schleg, Francisco Zamora, Juan Carlos Dávalos, Atilio Cornejo, Manuel Solá, José Palermo Riviello y Rodolfo Bravo.

En 1985 la Fundación Carmen Rosa Ulivarri de Etchart organizó un concurso literario nacional sobre "La historia del Vino

en Salta". El primer premio lo obtuvo el escritor José Juan Botelli.

### **Bondades naturales del vino vallisto**

Ha alcanzado fama universal la calidad del vino del valle calchaquí, que obtuvo en concursos internacionales primeros premios. Dicen los enólogos que estos vinos tienen personalidad propia. No imita a ningún tipo de vino europeo. Los favorece el clima del valle seco y su suelo apto, elevado y la bondad de sus aguas cumbreiras. Los bodegueros atienden más a la calidad que a la cantidad de la cosecha. Los granos de sus parrales son de un aroma y sabor exquisitos.

En Salta los departamentos productores de vino son Cafayate, San Carlos, Molinos y la Viña; en Catamarca, Santa María y en Tucumán, Amaicha del Valle.

### **El museo del vino**

Tanta importancia tiene el vino en la ciudad de Cafayate que en ella se ha fundado el Museo del Vino que tiene por fundamento edilicio la vieja bodega de la familia Coll (1870). El gobierno de la Provincia, la Secretaría de Turismo de la nación, la Municipalidad de Cafayate y empresas locales, en 1979, la restauraron. A su lado se levantó un escenario donde se celebran las ya tradicionales serenatas de Cafayate.

Volviendo al vino amaicheño.- La bodega fabricada por Don Justo Faustino Segura, desde su comienzo fue visitada por personas que llegaban a Amaicha y degustaban sus vinos: Ramón Paz Posse, Miguel Critto, Juan Heller, Luis Cruz, Atahualpa. Y

desde el primitivo molino movido por caídas de agua, a pocos metros de la casa, mientras conversábamos degustábamos empanadas caseras. Recuerdo a Luis Franco, Manuel Castilla, Juan Dalma, al cacique Agapito Mamaní, a los esposos Rodríguez Drago, al escritor español Julián Marías, a Jorge y Coca Bianchi, a Ramos Gucemas, a Martina y Faustino Siñeris... Julio Aldonate... Y la bodega los esperaba con más de diez mil litros contenidos en pipones de mil litros. Escanciaban vinos tintos, blancos, dulces. Y habiendo vino no faltaban palabras...

Si se procede con limpieza este vino no necesita conservantes si se los guarda en lugares frescos y secos.

¡Cuántos poetas cantaron a las vides y escribieron sobre ellas!

Cierro con Manuel Castilla:

#### Valles Calchaquíes

*"...De su silencio,  
por su silencio crecen en dulzura sus viñas  
y el júbilo remoto de sus vinos hechizos  
afirma su exaltada canción y memorable  
como si entre los ojos de los hombres  
molieran los racimos.*

(...)

*De su silencio,  
por su silencio sólo yo sé hasta donde la tristeza nos mira  
por los ojos hondísimos de una muchacha oscura  
cuando todo nos duele entonces por la carne  
como si por el sueño se desangrara el vino  
que uno ha visto crecer y hacerse sangre.*

(...)

*Todo eso he visto en esas tierras del calchaquí,  
y cuando en las canciones se hizo dulce mi lengua  
supe que por las puras tonadas de los valles  
venían creciendo todas las uvas de la tierra...."*



# Visiones

de Amaicha del Valle

Como siempre, el silencio  
pone distancia entre los hombres.  
En Amaicha del Valle  
las puertas y ventanas de las casas  
permanecen cerradas para ocultar los ruidos.

Ni los ríos llevan agua por no quebrar silencios,  
ni los pájaros trinan.  
Ni los vientos agitan  
su espesa cabellera.  
Todo, todo es silencio,  
un silencio que abrumba  
y a la vez mortifica.

El tiempo es un silencio  
que subyace debajo del olvido.

De pronto irrumpe el carnaval  
Que se adueña del tiempo de seres y de cosas.

Comienza el viernes,  
sin disfraces ni máscaras  
con cantos de bagualas,  
con bailes y bebidas.

El sábado topadas,  
encuentros de comadres y compadres.  
Continúan los bailes, los cantos y bebidas.  
"Domingo, lunes y martes,  
miércoles lo han de enterrar..."

Al día siguiente, Amaicha.



Ediciones  
**El Cardón**